

ideas de libertad, sino tambien grandes ideas de go-
bierno. Imprenta, instrumento más maravilloso
que el telescopio y el telégrafo y la locomotora, úl-
timo esfuerzo del génio humano, que has traído la
eternidad al seno movable del tiempo, juro amarte
siempre como te amo ahora, no olvidar ni un mi-
nuto tus beneficios, no renegar de tí, como han re-
negado tantos que te deben el sér, y poner á tu ser-
vicio esta mi pobre pluma, para que seas, como el
alma, enteramente libre.

Como Dios ha querido que realice el hombre por
el mismo su vida, lo ha mandado débil á la tierra,
para que se debiese á sí desde el sustento hasta la
tela que le salva de las asperezas de la naturaleza.
El animal puede vivir aislado, porque como su vi-
da tiene un solo fin, y está organizada para ese fin,
el elemento lo cumple en su limitada y reducida es-
tensión.

XVI.

Más la misma vida en ser, la variedad de
sus facultades, la trama de su existencia, el espacio
inmensa abierto á su devoradora actividad, su incli-
nacion á salir en esta en esta hasta lo infinito y
dejar en sí lo limitado y contingente, obligan al

Hemos dicho que la libertad se divide en libertad
de pensamiento y libertad de acción. La libertad de
pensamiento la hemos consagrado en la imprenta;
la libertad de acción la consagramos en el santo, en
el imprescriptible, en el sagrado, en el inviolable
derecho de asociacion. El derecho de asociacion vie-
ne á completar al hombre en sociedad, á unirlo con
sus hermanos en ley de amor y reciproco respeto, á
multiplicar de una manera asombrosa su actividad.
El hombre debe realizar el bien, y el bien se reali-
za cumpliendo todos los fines de la humanidad en
el mundo. Para cumplir estos fines, el hombre há
menester de libertad; sí, de libertad para ejercer su
razon y su voluntad, su pensamiento y su acción.

El hombre no puede vivir solo; la inclémencia de
los elementos, la debilidad de su naturaleza, serian
parte á quebrantar ó destruir bien pronto su vida.

Como Dios ha querido que realizára el hombre por sí mismo su vida, le ha mandado débil á la tierra, para que se debiese á sí desde el sustento hasta la tela que le salva de las asechanzas de la naturaleza. El animal puede vivir aislado, porque, como su vida tiene un solo fin, y está organizado para ese fin, fácilmente lo cumple en su limitada y reducida esfera. Mas la misma riqueza de su sér, la variedad de sus facultades, la trama de su existencia, el espacio inmenso abierto á su devoradora actividad, su inclinación á subir de esfera en esfera hasta lo infinito y abrazar en sí lo limitado y contingente, obligan al hombre, si ha de cumplir todos los fines de su existencia, y de consiguiente realizar el bien, á unirse á sus semejantes, para encontrar en sus corazones amor que purifique y engrandezca su sentimiento, fuerzas que agucen su voluntad, ideas que iluminen su alta inteligencia, condiciones, medios con que realizar y cumplir toda su naturaleza.

La primera asociación, la asociación fundamental, es la que tiene por objeto realizar el derecho; la asociación fundamental es el Estado. Pero el Estado no debe fundarse contra nuestra naturaleza, sino en nuestra naturaleza; no debe fundarse contra nuestro derecho, sino en nuestro derecho. Por consiguiente, el Estado debe respetar la libertad y la igualdad natural de todos los hombres, su pensamiento y su acción. Sólo concretándose á este fin, podrá el Estado vivir en armonía con la naturaleza humana, y rea-

lizar su fin primordial, su fin único, el derecho.

Pero el derecho en su sentido concreto es sólo uno de los fines de la naturaleza humana, una de sus leyes. Y la naturaleza humana es rica, es vária, es múltiple en sus manifestaciones. El hombre es la armonía de la creación, la síntesis de lo finito y de lo infinito, el lazo que une el cielo con la tierra, el sacerdote que levanta á Dios las mudas oraciones de todos los séres, el intérprete del pensamiento divino, el hermoso y sagrado santuario donde se une el espíritu y la naturaleza. Por lo mismo, tiende á unirse la naturaleza, á participar de su fuerza, á fundirla nuevamente en el crisol de su pensamiento, á despojarla de abrojos y darle el aroma de su alma; y tiende también á espaciar su espíritu, inquieto, sediento de amor, ansioso de luz, en las regiones celestes y puras de lo absoluto, en el seno inmenso de ese mar sin riberas, de ese gran sér, que todo lo contiene y todo lo vivifica, de Dios. Por lo mismo, el Estado debe contribuir á que el hombre cumpla y realice su doble naturaleza física y moral. Mas para realizar en toda su variedad la ley de su naturaleza, el hombre necesita principalmente del derecho de asociación. Pedimos, pues, el derecho de asociación, las asociaciones dentro del Estado; pero asociaciones que respeten la libertad del individuo, la autonomía de la sociedad; asociaciones que se funden, como se funda el Estado, en su base primordial, única, en la idea del derecho.

Hemos dicho que los fines del hombre son físicos y morales. Y estos fines los cumple el hombre por la asociacion, que completa la armonía de su sér. La primer tendencia del hombre es, á extraer su vida, por su trabajo, del seno de la naturaleza. Por este medio, el hombre torna dulce y amorosa á la dura tierra; le arranca la cizaña; busca en su seno la fuente de la vida, como el niño busca el pezon del pecho maternal; produce flores, frutos, nuevos séres, como ideas caidas de su mente, y desarrolla todas las fuerzas que el Creador encerró en la creacion. Mas este trabajo aislado sería un trabajo inútil. Por eso pedimos derecho de asociacion para los propietarios y los trabajadores del campo, derecho que podrá crear el crédito territorial para el labrador y el crédito personal para el jornalero; derecho que podrá libertar al infeliz de la miseria; derecho que podrá realizar pacíficamente las reformas económicas que guarda el porvenir.

Mas el trabajo no es solamente agrícola, es tambien industrial. La asociacion es necesaria, indispensable en este trabajo. Un hombre, por rico que sea, no puede por sí solo emprender grandes industrias. Reducido á sus fuerzas, su actividad chocaria á cada paso contra mil obstáculos. La explotacion de las minas, de los caminos de hierro, la fabricacion de todos los artefactos necesarios á la vida humana, exige la concurrencia de muchos capitales. La asociacion, pues, será siempre una fuerza económica

que centuplicará la fuerza del capital. Si es necesaria para el capitalista, no es ménos necesaria para el trabajador. La asociacion tambien aumenta sus fuerzas, le da independecia, le da libertad, le evita ser esclavo del capitalista, le acorre en sus necesidades, en sus desgracias; impide que se muera de hambre, cuando le falta el trabajo; le alivia si enfermo; le sostiene contra los efectos de las perturbaciones económicas; y concluye así radicalmente con la dañosa explotacion del hombre por el hombre.

Pero el hombre no vive sólo en la naturaleza, sino que se eleva á otras regiones más puras y serenas. La idea de la hermosura es innata á su alma, porque el hombre es artista. Por medio del arte destruye las disonancias de su sér y se une en suave armonía con lo creado y con Dios. Por medio del arte serena la tempestad de sus pasiones y abre su corazon y su conciencia á la luz, al rocío del cielo. Por medio del arte levanta una creacion espiritual sobre la creacion material; pero creacion viva, libre, hermosa, como el alma. Para cumplir este fin de la naturaleza humana, los artistas deben tambien realizar el principio de asociacion, que es el gran principio de la fraternidad humana. Así, léjos de ser enemigos, léos de ser entre sí rivales, conocerán que deben ser como un coro de ángeles suspendido sobre la tierra.

Vosotros, poetas, artistas, hijos privilegiados de la naturaleza, séres que Dios envia con un resplan-

dor de su corona en la frente, con un eco de su palabra en los labios; vosotros, que llevais en vuestra mano una lira para endulzar todos los dolores, en vuestro corazon bálsamo para cerrar todas las heridas; vosotros, que sembrais de rosas este áspero y largo y trabajoso camino; vosotros, que nos descubris y nos enseñais desde léjos las riberas de nuestra patria, que se oculta entre los árboles del firmamento; vosotros, que sois la armonía de todas las armonías; vosotros, no adormezcáis á los tiranos, ni arrastreis vuestras blancas alas por el lodo del mundo; porque el genio, que es la libertad en su mayor grandeza, en su expresion más magnífica, debe vivir de sí mismo, y debe consagrarse á la santa causa de la humanidad y del progreso, y así alcanzareis vuestro gran destino, que es hermostear y engrandecer al hombre; destino que podeis cumplir asociados, porque de otra suerte seréis como ruiseñores perdidos en un desierto, regalando vuestros cánticos al vacío. Los hombres, pues, pueden y deben asociarse para emplear sus fuerzas físicas, y pueden y deben asociarse para realizar la idea de la hermosura, dulce armonía de sus sentimientos.

Mas no es sólo el apropiarse la naturaleza física y el realizar el arte, el destino todo del hombre. Pueden y deben unirse tambien los hombres á contribuir á la realizacion de su fin moral, ora con la predicacion, ora con el ejemplo, ora con la práctica de las buenas obras. La caridad individual, aunque

arda en vehementes deseos de curar el mal, de socorrer al desgraciado, de amparar y consolar al afligido, poco alcanza; pero unidos todos los corazones en un mismo sentimiento, con igual deseo, pueden realizar el bien, y cerrar muchas heridas, y enjugar muchas lágrimas. Así como admitimos la asociacion de las fuerzas individuales para apropiarse la naturaleza al hombre, y admitimos la asociacion de los sentimientos para extender y propagar el arte, admitimos la asociacion de las voluntades para cumplir y realizar el bien. El hombre puede realizar ejercer sus fuerzas asociado al hombre, y realizar asociado la idea de la hermosura y la idea de la bondad en todas sus manifestaciones.

Pero la hermosura, la bondad se completan con la verdad, tercer término de esta misteriosa trinidad, que el hombre lleva encerrada en su conciencia. Para alcanzar la verdad y grabarla con mano fuerte en el espacio, el hombre necesita de la asociacion, sí, de la asociacion para aprender, de la asociacion para enseñar. Reunidas las inteligencias libremente, se dividen las esferas de la ciencia, penetran en todas ellas, y conservando la unidad armónica, tan necesaria para el conocimiento como para la vida, llegan á comprender y alcanzar ese fin sagrado de la ciencia, la verdad, y á repartirle entre los hombres como el pan bendito del alma. Deseamos tambien las asociaciones científicas. En la asociacion industrial ejerce el hombre sus fuerzas; en la asociacion artís-

tica realiza y completa su sensibilidad; en la asociacion moral su voluntad; en la asociacion científica su razon.

La idea de la hermosura, de la bondad, de la verdad, no viven abstractamente, sino en la sociedad, donde se realizan todas las grandes ideas. Por eso no debe oponerse la sociedad á las tendencias que el hombre tiene á influir en ella con su voluntad y su inteligencia. El hombre puede expresar libremente en asociacion los pensamientos y proyectos que tiendan á mejorar la condicion de los pueblos. En Inglaterra y en los Estados-Unidos, las asociaciones políticas han realizado todas las reformas, que son el poder y la gloria de estos grandes paises.

La palabra de Cobden abrió la isla nebulosa y oscura al amor de la humanidad. Un ciudadano desconocido, llamando así la atencion de los pueblos, abrió las puertas de los Estados-Unidos al comercio de todas las naciones. Hoy mismo por la asociacion se aproxima Inglaterra al sufragio universal y á la reforma administrativa, último golpe asestado á la frente de la nobleza.

Pero el hombre no vive solamente en la tierra; sus ideas, sus sentimientos se pierden, como la esencia de las flores en el cielo. La verdad de la existencia de un Dios personal, infinito, eterno, la encuentra el hombre, lo mismo en las maravillas de su alma que en las maravillas de la naturaleza. Cuan-

do presta oido á la armonía de los mundos, busca instintivamente, con los ojos arrasados en lágrimas, al gran artista que concierta las esferas y las inunda con los reflejos de su eterna luz. Cuando convierte su mirar á la tierra, ve en la tierra un templo, y en todos sus rumores, en el murmullo de la brisas y las olas, en el canto de las aves, en el susurro de los bosques, una eterna plegaria religiosa. Pero esa oracion, ese reconocimiento de Dios, todos los séres lo hacen sin conciencia, y sólo el hombre sabe y conoce que debe á su Creador sus ideas y sus sentimientos, y por eso el hombre solo es el sér religioso de la creacion. Nosotros, pues, contra lo que ha hecho la escuela liberal, admitimos las asociaciones religiosas; porque admitimos que la sociedad debe cumplir todos los fines de la naturaleza humana.

Hemos concluido. Resumamos las ideas capitales. La libertad se divide en libertad de pensamiento y de accion. La primera se consagra principalmente en la imprenta; la segunda, en la asociacion. Toda asociacion debe ser libre, y como libre debe fundarse en el derecho. Toda asociacion debe respetar al Estado y á la ley. La asociacion tiene por objeto realizar toda la naturaleza humana, abrir espacio á su desasosegada actividad. En las asociaciones agrícolas é industriales, el hombre desarrolla todas sus fuerzas, en las asociaciones artísticas, su imaginacion, su sensibilidad; en las asociaciones políticas, su vo-

luntad, su derecho; en las asociaciones científicas, su inteligencia; en las asociaciones religiosas, su aspiración á lo infinito; en la sociedad democrática, toda su rica naturaleza, sin sombras que la oculten, sin manchas que la empañen; su naturaleza, la obra predilecta del Creador.

XVII.

El desconcierto es general en la sociedad, y el malestar profundísimo en los ánimos. El eclecticismo filosófico ha engendrado la duda, y la transición en que nos hallamos lima y gasta los grandes caracteres. Rotos los principios sobre que habían girado las sociedades antiguas; derramados nuevos elementos en la atmósfera; oyendo la voz de nuestros padres que se levanta del gran osario de los siglos pasados, atraídos por la libertad que surge del seno de esas revoluciones, corrientes eléctricas que han sacudido la tierra; los hijos del siglo XIX son desgraciados como todos aquellos á quienes cabe en suerte nacer en épocas inciertas en sus principios é indecisas en su camino, y nacer faltos de fé para reposar bajo el paterno techo, ó de aliento para romper todos los obstáculos y lanzarse resueltamente en el océano de lo porvenir.